

SILVIA: ¡No contestes el teléfono, Aquiles! ¡Déjalo sonar!

AQUILES: ¿Por qué? ¿Por qué he de dejarlo sonar? ¡Es mi turno ahora, tú lo has dicho!

SILVIA: (autoritaria, en un último intento, gritándole). ¡Déjalo sonar! ¡Déjalo sonar! ¡No contestes, Aquiles! ¡Demuéstrales que no los necesitas! ¡Demuéstrales que trabajaste por amor a tu pueblo y no por ambiciones de poder ni por intereses personales! ¡Demuéstrales que fuiste sincero en tus convicciones y en tus proclamas! ¡Demuéstrales que lo hiciste por amor y no esperabas de ellos ninguna paga! ¡Déjalo sonar, Aquiles! ¡Déjalo sonar!

AQUILES: ¿Estás loca? ¿Crees que voy a renunciar a esta oportunidad? ¿Por qué? ¡Lo he estado esperando mucho tiempo! ¡Toda una vida de espera! ¿Es que también tú crees que ellos pueden traicionarme y engañarme? (SILVIA COMIENZA A REIR CON UNA RISA CINICA Y NECIA QUE VA EN AUMENTO). ¡Cállate! ¡Cállate! ¿Por qué te ríes de mí? ¡Ya verás cómo te traigo aquí mismo un nombramiento y los considerandos del mismo! ¡Por esto... por eso... por aquello... nombramos a... (SE INTERRUPE PARA MIRARLA, ALARMADO). ¡Cállate!

SILVIA: (riendo a carcajadas, pero ahora con amargura). ¡Déjalo sonar, Aquiles, déjalo sonar!

AQUILES: (altivo, inmovible, casi convencido). ¡Yo he luchado, Silvia! ¡Y lo he ganado y lo merezco! ¡Ya lo verás! ¡Ya lo verás!

(AQUILES SALE RAPIDAMENTE. SILVIA, ENTRE RISAS, BURLONA, TOMA EL PARAGUAS Y MIRA HACIA LA PUERTA, CON EL PARAGUAS ABIERTO, MOSTRANDOLO COMO SI ESPERARA QUE AQUILES REGRESARA POR EL, MIENTRAS GRITA ANGUSTIADA).

SILVIA: ¡Vuelve acá, Aquiles! ¡Deja ese teléfono sonar! ¡Te vas a mojar todo, Aquiles! ¡Te va a caer toda la tormenta encima! ¡Vuelve, Aquiles! ¡Vuelve!

(CONTINUA RIENDO, BURLONA Y ANGUSTIADA, MIENTRAS EL TELON CAE LENTAMENTE PARA EL FINAL).

EL ENCUENTRO

ACTO UNICO

SEMINARIO MUL. DISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

18 may 06
JCS

10/Nov/01
ESS

25/5/80

11/8/11

M DCS
C.I

EL ENCUENTRO

Escenografía: Terraza jardín junto a la sala de juego de una rica mansión.

Fuera de escena se escuchan las risas de mujeres y unas que otras líneas. Un valsecillo juguetón se deja oír como un mosquito insistente en el aire.

La puerta se abre y aparece Alina mirando hacia fuera de escena. Al mismo tiempo, al fondo, aparece iluminándose poco a poco, como si surgiera del pasado, la figura de Manuel.

ALINA (entre risas, a las mujeres dentro): Ah, volveré enseguida. Es sólo un minuto. ¡Sólo un minuto! (Ríe contagiada, pero se interrumpe al volverse y descubrir la presencia de Manuel). ¡Oh! ¡Eres tú! Cuando me dijeron que alguien... Jamás pensé que fueras tú.

MANUEL: ¡Es el pasado que regresa, Alina!

ALINA (sonriendo con nostalgia): El pasado no puede regresar. ¡No regresará jamás!

MANUEL: Estamos juntos de nuevo, como antes.

ALINA: No será igual. No podrá ser igual.

MANUEL: ¿Qué lo impide?

ALINA: Un juramento de fidelidad... siglos de convencionalismos... un convencimiento religioso firme... (Lo mira llena de amor, con una sonrisa abierta y franca). ¡Me alegra tanto verte! ¡Jamás pensé que volvería a verte, Manuel! (Corre hacia él y se abraza fuertemente) ¡Abrázame fuerte! ¡Fuerte! ¡Que sienta cada uno de esos años perdidos! ¡Estoy temblando, Manuel! (Se separa de él) ¡No! ¡He hecho mal! (Se siente temblar) ¡Estoy temblando, pero ya se me pasará! (Somriéndole) ¡No debiste sorprendarme!... ¡Ya se me pasará! ¡Ha sido la emoción... de volver... de volver a verte! (Levanta su mirada y lo observa) ¡Yo te amo, Manuel! ¡Tú lo sabes, verdad?

MANUEL: Sí, lo sé.

ALINA: ¿Todavía me amas... también?

MANUEL: Sólo a ti.

ALINA: Ah, qué bien me hace oírlo. (Ríe feliz dejando caer su cabeza hacia atrás) ¡Qué bien me hace oírlo! ¡Tenía miedo... Un miedo terrible... de perderte.

MANUEL: Hubo un juramento, Alina, aquí mismo... Y fue hecho con el corazón... ¡Estábamos diciéndonos la verdad!

ALINA (mirando a su alrededor):
¡Aquí mismo, sí! ¡Cuántas veces lo he repetido a mí misma! ¡Cuántas veces he murmurado las palabras... aquí mismo! ¿Recuerdas cómo estaba vestida?

MANUEL: Azul...

ALINA: No.

MANUEL: ¿Blanco?

ALINA: No, no. ¡Qué mala memoria tienes!

MANUEL: No miraba a tu traje. Mi mirada estaba fija en tus ojos... tus ojos humedecidos... (Se acerca a ella y le toca el rostro) ¿Has vuelto a llorar?

ALINA: ¡Muchas! ¡Muchas veces!

MANUEL: ¿Cómo ahora?

ALINA: No. Ahora no estoy llorando...

MANUEL: Hay lágrimas en tus ojos.

ALINA: No son lágrimas. Es risa... una risa que brota de mis ojos. ¡Ah, Manuel! ¿De qué color era mi traje aquella tarde? ¡Qué extraño! Tampoco lo recuerdo... Pero sí recuerdo tu mirada... y tus palabras...

MANUEL: ¡Las palabras! ¡Las palabras se repiten cada día... ¿Por qué tuvimos que separarnos, Alina?

ALINA: ¿Separarnos?

MANUEL: ¿Distanciarnos?

ALINA: ¿Distanciarnos?

MANUEL: ¿Por qué tuvimos que tomar caminos distintos y dejar de vernos?

ALINA: Tú siempre has estado conmigo Manuel. ¡Aquí! ¡Aquí mismo! ¡Todos los días, y las tardes y las noches! ¡Nunca te he sentido ausente!

MANUEL: ¡Perdón! ¡Quizás dije mal! Tú también has estado conmigo siempre.

(Se escucha la música entre alegre y nostálgica de un organillo).

ALINA: ¿Te acuerdas del viejecillo que tocaba el organillo?

MANUEL: Don Seferino.

ALINA: Veo que tienes buena memoria. Por una moneda, no importa lo pequeña que fuera, te transportaba al cielo con su música. Decía: "la música es el alma de las almas"... (Se interrumpe, afligida). Don Seferino murió hace dos días... ¡ya no hay organillo, ni música! Has regresado, Manuel... y don Seferino no está... ¡El pasado regresa... sin su música... sin él... ¡No es el mismo pasado! ¿Eres tú el mismo, Manuel?

MANUEL: Te amo igual.

ALINA: Yo a ti también. (Se mueve por la escena) ¿Y las líneas? ¿Te acuerdas cuáles fueron las palabras?

MANUEL: Sí. Las recuerdo todas. Las llevo grabadas en la mente y en el corazón. ¿Quieres oírías?

ALINA: ¿Y mi traje? ¿de qué color era mi traje?

MANUEL: No veía tu traje. Mi mirada estaba fija en tus ojos.

ALINA: Es verdad. Sólo las palabras...

MANUEL: Tú estabas de pie, ahí. No, no. Ahí no.

ALINA (moviéndose a otra posición): ¡Era aquí! ¡Lo recuerdo! ¡Desde entonces lo he venido repitiendo cada día! ¡Era aquí! ¡Y tú estabas ahí, enfrente! (Manuel se mueve al lugar que señala Alina, con rapidez, pero al mirarla se turba y parece caer) ¿Te ocurre algo, Manuel? (Va hacia él) ¡Manuel! ¡Manuel!

MANUEL (reponiéndose): No, no. Nada. ¡Fue el pasado que retornó de pronto y me golpeó duramente en los ojos! ¡Re-vivi en un segundo aquella ilusión que tanto tiempo había guardado en mis pupilas! ¡Parecía como si se hubiese desprendido!

(Alina lo interrumpe con un beso dulce y suave en los labios).

MANUEL: ¿Por qué lo has hecho?

ALINA: Porque te amo.

(Se escucha a las mujeres reír fuera y llamar como en un eco coral lejano: "Alina"... "Alina"... "Alina"... Alina se acerca a la puerta atraída por las voces, se vuelve a Manuel y le sonríe).

ALINA: No les voy a hacer caso. ¡Nadie tiene derecho a robar-me la verdad del corazón! ¡Quisieron arrancármela, pero yo la defendí con mis recuerdos y con mi fé!

MANUEL: Mis recuerdos son los mismos tuyos... Pero, ¿y la fe?

ALINA: La fe en mi amor... y en tu amor... Me repetía a mi misma... ¡él me ama! ¡él tiene que amarme! ¡Manuel tiene que amarme siempre...

MANUEL: ¡Yo te amo!

ALINA: Ahora puedo respirar tranquila. Hacia falta tener fe en la fe. Necesitaba oírte decir para confirmar mi fe profunda en tu amor, Manuel... Manuel... ¿por qué tuvo que ser así... tan complicado...?

MANUEL: Eramos muy jóvenes...

ALINA: Somos jóvenes todavía...

MANUEL: Pero nadie creía en nuestro amor...

ALINA: Sólo nosotros dos...

MANUEL: Pero, éramos muy jóvenes... y nadie podía creernos... ¡Se lo repetíamos a todo el mundo... pero nadie podía creernos... nadie quería creernos...

ALINA: ¿Nos creerán ahora?

MANUEL: ¿Vamos a decirlo?

ALINA: Sí. Vamos a pregonarlo a todos. ¡Que todos aquellos que no quisieron creernos se convenzan ahora! (Abriendo sus brazos) ¡Escucha mundo: ¡Yo lo amo y él me ama! ¡Gritalo, Manuel, gritalo!

MANUEL: Escucha mundo...

ALINA: No seas tímido... ¡Gritalo!

MANUEL: Escucha mundo...

ALINA: ¡Gritalo!

MANUEL: Escucha mundo...

ALINA: ¡Gritalo te digo!

MANUEL: ¡No! ¡No puedo!

ALINA: ¿No puedes?

MANUEL: ¿Qué diría... tu marido?

ALINA: ¿Mi marido?

MANUEL: Juraste fidelidad.

ALINA: Sí. Soy fiel.

MANUEL: El mundo se escandalizaría. Son siglos de convencionalismos.

ALINA: Sí. Soy honesta.

MANUEL: ¡Tu consejero espiritual te amenazaría con el infierno!

ALINA: Sí. Soy religiosa.

MANUEL: No podemos gritarlo.

ALINA: ¡Tenemos que gritarlo! (Volviendo de su abstracción) ¡Tenemos que gritarlo!

MANUEL: ¿Cómo hacerlo?

ALINA: ¡Es pecado mentir!

MANUEL: Sí, mentir es pecado.

ALINA: La verdad es que te amo. La verdad es que tú me amas. ¡Todo lo demás es mentira! ¡La verdad debe gritarse siempre! ¡Debe poder gritarse!

MANUEL: Tu marido puede sufrir.

ALINA: No le he mentado. El conoce mi secreto, un secreto que todos conocen... ¡Le juré fidelidad, pero jamás he podido jurarle amor! ¡El lo sabe!

MANUEL: ¿Te amas?

ALINA: Un amor, sin amor, Manuel. ¡Me toca!... ¡me besa!... Pero, ¿me besa y me toca realmente? El sabe que no. Le soy fiel. Le doy cuanto él consiguió cuando aceptó un matrimonio sin amor: frialdad e indiferencia.

MANUEL: ¿Por qué nadie nos creyó?

ALINA: Éramos muy jóvenes. ¿Cuántos años, Manuel?

MANUEL: ¡Mil! ¡Mil años! ¡Sólo cinco años! ¿Qué importa? ¡Éramos mayores para el amor! ¿Por qué no se nos creyó?

ALINA (riendo con picardía): ¡Mi hermana se escapó con un teniente! ¡Nadie pudo impedirlo! Antes de que papá le fijara la fecha y le seleccionara el pretendiente... mi hermana se escapó... Ahora tiene dos niños... y el cura la bendijo...

MANUEL: ¿Y el teniente?

ALINA: Ya no es teniente, pero sigue con ella y son felices. Debimos haber hecho lo mismo...

MANUEL: Lo propuse.

ALINA: Sí. ¡Aquí! ¡Aquí mismo!

MANUEL: ¿Por qué no lo hicimos?

ALINA: Éramos muy jóvenes.

MANUEL: Sí. No nos atrevimos.

ALINA: ¡Y el vals! ¡El vals de los quince años!

(Se escucha suavemente el vals que diera inicio a la obra y Alina se deja llevar por la música, danzando. Manuel se acerca a ella y la saluda con una reverencia).

MANUEL: ¿Me permite...?

ALINA (interrumpiéndose, jovial y coqueta, casi si hablara a una tercera persona): Papá... Manuel pide... ¿No te

importa? ¿Por qué te asombras, papá? Si, ya sé, que prometí que el primer vals lo bailaré contigo... pero es el primer vals... y quiero también compartirlo con Manuel... ¡No seas egoísta! ¡Son mis quince años y quiero ser feliz! Sí. Así, papá... ve... siéntate... no te quedes en medio del salón... todos nos miran... ¡Por favor, papá! (Ríe maliciosa) ¡Así! ¡Ve... siéntate... ve! ¡Así! (Se vuelve a Manuel, femenina y jovial) Ahora puedo complacerlo, joven.

(Manuel la toma entre sus brazos. La música del vals se escucha más fuerte y los dos bailan por toda la escena. Alina se suelta de sus brazos y comienza a reír burlesca. Manuel, estático, la contempla al fondo de la escena).

ALINA: ¡Ah, qué tonta! ¡Enamorarme del amor! ¡Debi enamorarme de los años de mi marido, de su experiencia y de su posición! ¡Debi enamorarme de los que murmuraron en los oídos de papá la recomendación de un matrimonio con un hombre maduro y sensato! ¡Debi enamorarme de las viejas con cuellos y con lentes que vieron en tí a un chiquillo inexperto! ¡Debi enamorarme del cura que predicaba sensatez, cordura, y que me amenazaba día y noche con el látigo del pecado y del infierno! ¡Jamás debí enamorarme del amor! (Se vuelve a Manuel) ¿De qué color era el traje, Manuel? ¿El traje del vals?

MANUEL: No lo recuerdo. Mi mirada sólo estaba fija en tus ojos.

(Los dos se miran y comienzan a reír. Manuel al fondo de la escena y Alina casi en el proscenio ocupando los extremos. Los dos comienzan un diálogo ferviente, entre risas).

ALINA: ¡Muera mi padre y con él todos sus pretendientes a mi mano!

MANUEL: ¡Que se los traguen las profundidades sin salidas ni escapes!

ALINA: ¡Mueran las viejas con cuellos y con lentes y con lenguas de trapos sucios!

MANUEL: ¡Que las devoren los gusanos y no queden ni siquiera los gusanos!

ALINA: ¡Que muera el cura con sus sermones envenenados y que no vuelva a bendecir matrimonios sin amor!

MANUEL: ¡Que se vaya a la tumba sin cruz y sin rosarios, sin avemarias ni padrenuestros!

(Los dos se interrumpen y se miran. Alina avanza hacia el centro de la escena y se detiene. Manuel avanza hacia ella y se detiene al centro. Los dos se miran en silencio).

ALINA (con voz queda): Que vivamos... tú y yo... y nuestro amor... por siempre...

MANUEL (como al final de una plegaria): ¡Amén!

(Manuel la besa en los labios. La música del organillo se escucha. Alina se mueve como si escuchara la música).

ALINA: Don Seferino... ha muerto... y con él... la música de su organillo... ¡Todo ha sido un sueño! ¡El pasado no ha regresado igual! ¡No puede ser igual! (La música del organillo cesa) ¡Qué hace del presente algo distinto del pasado? ¡Qué hay de diferente en cada cosa?

MANUEL: Tú y yo somos los mismos.

ALINA: ¿Y don Seferino?... ¿y su música?... ¿y su organillo?... ¿dónde están?

MANUEL: Están aquí también... con nosotros... en nuestra memoria... viviendo en nuestros recuerdos...

ALINA: Como aquel día... (Recordando) "Don Seferino... don Seferino... ¡música! ¡música de su organillo! ¡No se quede callado, don Seferino! ¡Déje a su organillo!".

MANUEL: "Mire, don Seferino, tenemos los bolsillos llenos de monedas, grandes, medianas y pequeñas... ¡Toque, don Seferino! ¡Todas serán para usted! ¡Toque! ¡Toque! ¡Toque, don Seferino!

ALINA (entre risas, alegre): "Sí, ¡toque! ¡toque! ¡toque!...".

(La música del organillo se escucha en aumento, llenando toda la escena y luego se va perdiendo ante las miradas de incompreensión de Manuel y Alina).

ALINA (tras saborear el silencio que se produce): ¡Pobre don Seferino! ¿Se habrá ido al cielo o al infierno?

MANUEL: En el cielo no hacen falta organillos y en el infierno nadie se ocupa de la música... De seguro, se ha quedado suspendido en una nube...

ALINA: Si hacemos un poquito de esfuerzo y tiramos el oído... podríamos algún día escucharlo tocar en las alturas...

MANUEL: ¿De qué color era su traje?

ALINA: No lo recuerdo. Sólo recuerdo su música.

(Se escucha las risas de las mujeres fuera y llamar: "Alina"... "Alina"... "Alina"...)

ALINA (acercándose a la puerta): ¡Juegan canastas mientras destruyen con sus lenguas a la humanidad! ¡Mujeres con sexos de barajas y con dos reyes grandes como senos! (Gritando hacia la puerta) ¡Ases! ¡Copas! ¡Reyes! ¡Bah! ¡Vienen a mi casa con el pretexto de jugar y lo que juegan son secretos y murmuraciones!

(Se escucha nuevamente las risas de las mujeres fuera y llamar: "Alina"... "Alina"... "Alina"... Alina corre hacia la puerta).

ALINA (a Manuel): Son felices cuando se les miente y se les habla con hipocresía. (Abriendo la puerta llena de risa) ¡Un minuto! ¡Sólo un minuto! ¡Un minuto nada más! (Ríe falsamente y vuelve a cerrar la puerta) ¡No se debe fingir ni mentir, pero es lo único que las calma!

MANUEL: ¿De qué color son sus trajes?

ALINA: No lo sé. Están cubiertas por unas barajas enormes.

MANUEL: ¿Y la carta?

ALINA: ¿Cuál carta?

MANUEL: La carta que te envíe. ¿Por qué no la contestaste nunca?

ALINA: No la leí. No supe lo que decía.

MANUEL: ¿No la leíste?

ALINA: No. La rompí.

MANUEL: ¿Por qué?

ALINA: ¿Qué me decías en ella?

MANUEL: Que te amaba.

ALINA: Eso ya lo sabía. ¿Qué más?

MANUEL: Que te amaba.

ALINA (insistente): Eso ya lo sabía. ¿Qué más?

MANUEL: Solamente eso: ¡que te amaba!

ALINA: ¡Eso ya lo sabía!

MANUEL: También... que volvería algún día...

ALINA: ¡Eso ya lo sabía!

MANUEL: ¿Por qué no la leiste?

ALINA: Porque creía en ti... y en tu amor... ¿Qué otra cosa podías decirme sino todo aquello que yo sabía tan bien, de lo cual estaba tan segura: ¡yo te amo y volveré! ¡yo te amo y volveré! ¡Te he estado esperando, Manuel! (Se abraza a él nuevamente; luego, se domina y se retira con suavidad) Pero, ¿para qué? (Lo mira fijamente, a la distancia) ¿Para qué te he estado esperando?

MANUEL: ¡Yo he vuelto!

ALINA: ¿Para qué ¿Por qué has regresado?

MANUEL: ¿Quieres a tu marido?

ALINA: No. Nunca lo he querido. (Recordando) "Alina, éste es Juan. Juan, ésta es Alina. Se casarán muy pronto. Todo está resuelto. Todo está hablado y resuelto. Serán muy felices".

MANUEL: ¿Han sido felices?

ALINA: No. Ha faltado el amor...

MANUEL: Es pecado querer... sin querer.

ALINA: ¡Yo soy religiosa! Le prometí fidelidad.

MANUEL: Es pecado jurar... sin querer.

ALINA: ¡Soy honesta! ¡Debo ser sensata!

MANUEL: ¡Es pecado mentir!

ALINA: ¡Yo soy religiosa! Me quemaré en el infierno, si no cumplo mi juramento de obediencia y fidelidad, me lo ha dicho el cura.

MANUEL: "¿Te quemarás en el infierno, por mentir", ¿no te lo ha dicho el cura?

ALINA: No. Eso no. Eso no me lo ha dicho. (Librándose de su acusación). A nadie yo he mentado, Manuel. ¡Todos saben que te quiero! ¡Me he gozado repitiéndolo a todo el mundo! ¡A mi marido, a mi padre y a ellas! ¡Todos lo saben! ¡Soy fiel a mi marido... y soy fiel a ti! ¡Lo he jurado! ¡Aquí! ¡Aquí mismo! ¿Cómo fue, Manuel? ¿Lo recuerdas?

(Se escucha el valsecillo molesto como un mosquito. Ahora parece un violín que ha perdido el control. Manuel grita al aire).

MANUEL: Ah, si no fuera por ese valsecillo molesto quizás lo habría olvidado, pero siempre me lo recuerda todo. (Señalando sus sienes). Está metido aquí dentro. (Corriendo por la escena como si quisiera callarlo) ¡Basta! ¡Otra vez no! ¡No necesito de ti ya! ¡Ni nunca! ¡Basta ya! ¡Basta! (El valsecillo se acalla. Manuel se detiene y la contempla). Eramos muy jóvenes, quizás, Alina... pero, sobre todas las cosas... sabíamos que nada ni nadie podría separarnos jamás... Distanciarnos un poco, quizás, pero jamás separarnos... "Me voy, Alina, me voy... ¿esperarás por mí, verdad?"

ALINA: "Sí. Esperaré por ti... siempre".

MANUEL: "Voy a Inglaterra... a estudiar... Papá dice que es lo mejor... para todos... ¿Sabes dónde queda Inglaterra?"

ALINA: "La he visto en el mapa".

MANUEL: "No está tan lejos... si miras bien... puedes tocarla con los dedos... y si mides bien... aquí y allá... cabrá en tus manos... Inglaterra está en tus manos... y yo estaré ahí, metido en tus puños...".

ALINA: "Te miraré todos los días, como a una hormiguita impaciente, paseándose y pensando en inglés... y te hablaré al oído... como un valsecillo molesto...".

MANUEL: ¿Como un valsecillo molesto?

ALINA: Como un valsecillo molesto. (Comprendiendo) ¡Oh! ¡Era yo, Manuel! ¡Como mi charla interminable de todos los días!

MANUEL: Por eso me sentía tan bien, a pesar de su molestia. ¿Y yo? ¿Qué te decía yo?

ALINA: Te miraba pasearte y moverte, pensando en inglés. Con todos aquellos señores, de exquisitos modales y labios puntiagudos... (Ríe con una risita morbosa)... que parecían estar secreteándose todo el día... (Risita)... ¿Cómo pensabas en mí, Manuel? ¿De qué manera te comunicabas conmigo?

MANUEL: Bajo la forma del recuerdo constante. Todos los días... en cada hora... pensaba en ti... ¿Sabes cuál es la fuerza del pensamiento? Es superior... superior a la distancia... superior a lo imposible... es casi superior a lo superior...

ALINA: ¿Por qué no pudieron separarnos nunca?

MANUEL: Porque nos amamos...

ALINA: ¿Y ahora?

MANUEL: Ahora he regresado...

ALINA: ¿Regresado de dónde? (Mirándose las manos) ¿Es que te has escapado de mis puños?

MANUEL: He regresado del recuerdo... he regresado del pasado... ¡ahora estoy presente de nuevo!

ALINA (tocándolo con sus manos): Sí. Eres tú. No hay dudas, eres tú. (Tocándole su rostro). El mismo rostro... los mismos ojos... los mismos labios... (Le contempla fijamente y comienza a llorar con un llanto que va aumentando, pero lleno de risa y de satisfacción, como un agradable desahogo espiritual) ¡Eres tú, no hay dudas, eres tú! ¡El pasado que nunca ha sido pasado para mí ahora retorna! ¡Estás junto a mí, como siempre! ¡Respiras! ¡Vives! ¡Eres! (Paseándose feliz por la escena) Oh, Manuel, ¿qué sería del mundo sin nosotros?

MANUEL: ¿Del mundo?

ALINA: ¿No lo sabes? El mundo ya no ama, Manuel. El mundo ha cerrado su corazón al mundo. ¡Nosotros somos seres retrógrados! ¡Estamos retrasados en el tiempo! ¡El mundo ya no ama! ¡Ahora sólo piensa y vive para sí! ¡Ya no

hay sonrisas, ya no hay bondad, ya no hay piedad... ya no hay amor! ¡El mundo ha cambiado, Manuel! ¿No ha cambiado en Inglaterra? ¡Somos dos viejos, Manuel, con ideas anticuadas del amor! ¡Hemos sido superados por una idea práctica de la vida que lo absorbe todo, hasta el amor!

MANUEL: Es decir... que nadie nos comprenderá... Será, otra vez, como antes... ¡Nadie comprenderá nuestro amor! (Abatido) ¡Qué terrible, Alina! ¡Es triste y terrible! ¡Nadie creará en nosotros! ¡Otra vez! ¡Nadie creará en nuestro amor!

ALINA: ¿Y que importa, Manuel? ¿Qué importa? Hemos creído tú y yo. ¡Sólo tú y yo! ¡Y seguiremos creyendo... por siempre!

MANUEL (con voz grave, casi para sí): ¡Amén!

(Se escucha a las mujeres reír y llamar: "Alina"... "Alina"... "Alina"... Alina va hacia la puerta)

ALINA: Nos amaremos tanto, Manuel, ¡que hasta ellas crearán en el amor!

MANUEL: ¡Quería gritárselo a todo el mundo!

ALINA: ¡Gritaremos!

MANUEL: Nadie nos creará.

ALINA: ¡Gritaremos!

MANUEL: ¡Es trágico que sólo tú y yo creamos en el amor!

ALINA: ¡Es suficiente para que todo el mundo crea! ¡Lo gritaremos y convenceremos al mundo y haremos que el mundo vuelva a amar, los unos a los otros!

MANUEL: ¡Nadie nos creará! ¡Otra vez!

ALINA: ¡Lo intentaremos! ¡Triunfaremos, Manuel! Daremos vida al pasado. ¡Nos burlaremos de papá y de tu padre! ¡Críticaremos las amenazas del cura y enfrentaremos a las viejas chismosas con cuellos y con lentes! Si es necesario, Manuel... daremos vida nuevamente a don Seferino y a su organillo... ¡Don Seferino! ¡Don Seferino! (Moviéndose por la escena) ¡Vuelva, don Seferino! ¡El mundo lo necesita! ¡Don Seferino vuelva con su organi-

lo! ¡El mundo necesita de usted y del amor! (Se escucha la música del organillo venir desde lejos y llenar la escena poco a poco). ¡Escucha, Manuel, don Seferino ha vuelto!

MANUEL (mirando a la distancia, igual que Alina): ¡Sí! ¡Ha vuelto! ¡Don Seferino ha vuelto!

ALINA: ¡Bravo, don Seferino! ¡Vuelva a llenar de ilusión los corazones! ¡Devuelva la alegría a este mundo triste! ¡Vida! ¡Vida! ¡Más alto, don Seferino! ¡Que lo escuchen los corazones más indiferentes! ¡Más alto, don Seferino!

(La música parece perderse a la distancia)

MANUEL: No se vaya, don Seferino. ¡Un momento más! ¡No se vaya!

ALINA: No dejes que se vaya, Manuel. ¡Vuelva, don Seferino! ¡Vuelva con su organillo! ¡Usted es cuanto queda del recuerdo! ¡No se vaya! ¡No dejes que se vaya, Manuel! ¡Amárralo al tiempo si es necesario, pero no dejes que se vaya! (La música se pierde completamente, Alina queda llena de incompreensión en medio de la escena, aturrida). ¡Se ha ido! ¡Don Seferino murió hace dos días, Manuel! ¡Su organillo está callado!

MANUEL: ¿Y nuestro amor?

ALINA: Nuestro amor es siempre el mismo, Manuel. ¡Nada ni nadie podrá destruirlo!

(Se escucha a las mujeres dentro que ríen y llaman: "Alina"... "Alina"... "Alina"...).

ALINA (volviéndose a ellas): ¡Se impacientan! ¡Las mujeres con barajas en el corazón se impacientan! (Ríe burlona) ¡Un minuto, nada más! ¡Un minuto tan sólo y estaré con ustedes!

MANUEL: ¿Te marchas?

ALINA: Yo volveré mañana, como todas las tardes. ¡Aquí! ¡Aquí mismo!

MANUEL: ¿Recordarás el vals?

ALINA: Yo soy un vals en tus oídos, ¿lo has olvidado?

MANUEL: No. No podré olvidarlo jamás.

EL ENCUENTRO

ALINA: ¿De qué color era el traje, Manuel?

MANUEL: ¿Cuál traje?

ALINA: El que llevaba papá... aquella mañana...

MANUEL: ¿Cuál mañana?

ALINA: Cuando lo sacaron... Aún muerto, había algo extraño en sus ojos... Creo que eran lágrimas...

MANUEL: ¿Lágrimas?

ALINA: Todavía algunos lloran. ¿Volverás, mañana?

MANUEL: Como todas las tardes. ¡Aquí! ¡Aquí mismo!

ALINA (yendo a sus brazos y besándolo dulcemente): ¡Hasta mañana, Manuel!

MANUEL: ¡Hasta mañana, Alina!

(Manuel se pierde, Alina va tras él y lo despide agitando sus manos. Se escucha a las mujeres llamar y gritar: "Alina"... "Alina"... "Alina"...).

ALINA (volviéndose a la puerta): ¡Un minuto, nada más! ¡Tan solo un minuto! ¡Como todas las tardes! (Se escucha el valsecillo y Alina sonríe y se deja llevar por él. Se interrumpe como si recordara). ¡Usted tiene que volver, don Seferino! ¡Tiene que volver también! ¿Verdad que sí? Los estaré esperando aquí a los dos... y al organillo. (Se queda con una sonrisa en los labios escuchando al organillo y dejándose llevar por su música hasta perderse por la puerta).

El telón, con la misma suavidad de la música, cae lentamente...

Febrero 11 de 1965.—

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARIO'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS